

ancora



SAN FELIU DE GUIXOLS - 10 SEPTIEMBRE 1959
NÚM. 596 AÑO XII

FIN DE TEMPORADA



Llegado el septiembre, el verano toca a su fin y, con él, termina la temporada del ajeteo en la ciudad. Las fiestas al aire libre, las verbenas y la concurrencia en las playas irán disminuyendo hasta desaparecer del todo en cuanto soplen las primeras ráfagas de tramontana.

Las carreteras y vías férreas acusan todavía gran actividad. Pero el trasiego de viajeros es más de retorno, de vuelta a los hogares. Las vacaciones, laborales y escolares, se están acabando y es hora de pensar en los nuevos cursos y en reemprender los negocios y tareas industriales. Las villas y residencias veraniegas se desalojan a ritmo acelerado y las familias se repliegan a la ciudad, cada uno a su quehacer habitual.

Academias, Escuelas y Universidades van a abrir, pronto, las puertas para recibir a sus nuevos matriculados, y éstos a su vez se preparan para reemprender una nueva etapa de sus estudios. Pasó la hora del devaneo, del libre asueto, de las diversiones en los clubs y terrazas de los pueblos costeros. Los deberes se imponen, las asignaturas esperan con sus programas, y los profesores están a punto de ocupar sus puestos detrás del pupitre para cumplir su misión docente y tutelar.

Los padres, por su parte, no están tampoco exentos de preocupaciones en este orden de cosas. El porvenir de su prole les responsabiliza en la elección de escuelas y estudios a seguir. La presencia de la Escuela en el hogar se manifiesta en múltiples detalles. La familia toda está pendiente de la marcha estudiantil del hijo o del hermano. Se trata de conseguir un ascenso más en la escala de conocimientos de su allegado para alcanzar el anhelado título o certificado de estudios. Del diploma si las condiciones son favorables. O, por el contrario, si la suerte es

adversa, de quedar rezagado en la carrera y perder un año en esa preciosa edad en que todo atraso es difícilmente recuperable.

El comienzo de los cursos escolares no solamente afecta a los jóvenes cuya única ocupación es la de estudiante. Los ya salidos de la escuela primaria y que están ya enrolados en el aprendizaje de un oficio también necesitan ampliar sus conocimientos en escuelas complementarias. Las clases nocturnas se nutren de ellos, y gracias a ese aditamento en sus estudios, pueden recuperar el dominio de asignaturas un tanto olvidadas, o emprender cursos de especialización, como son los de las artes o idiomas, y procurarse armas culturales para mejor poder luchar en el futuro por conseguir consideración social u obtener empleos más lucrativos.

En este aspecto secundario de la enseñanza quizá no se le dé la importancia que merece. Los mismos jóvenes situados en este trance no se dan cuenta en su mayoría de la necesidad que tienen de completar sus conocimientos y suplir la carencia de una cultura superior en que muchos se encuentran.

Si ahondáramos en esta cuestión, seguramente comprobaríamos que está bastante descuidada. Por los mismos interesados y por quienes tienen la obligación de asesorarles. Los padres en primer lugar. Al llegar a la adolescencia, y una vez dejada la escuela primaria, los jóvenes, en su mayor parte, se distraen en vanos pasatiempos. Atraídos por los deportes y las diversiones frívolas abandonan los estudios y se dejan arrastrar por la corriente de la banalidad. Faltados de experiencia malgastan los horas libres en fútiles expansiones, cuando no en erroteros del vicio y el gamberrismo. Son navegantes sin brújula en un mar lleno de peligros. Los candidatos a la estupidez y al papanatismo, y que forman esa masa juvenil desorientada cuya existencia es un lastre perturbador en el progreso de los pueblos.

Pero de eso ya hablaremos otro día. Por hoy ya basta.

Xavier

Sintonia

AYER Y HOY

Si uno se pone a hacer comparaciones entre lo que va de ayer a hoy, le entran deseos de no preocuparse por nada. Sin que esta declaración quiera ser un exponente de derrotismo. Pero lo cierto es que muchas veces nos proponemos encauzar las cosas a nuestro placer y viene aquello de El hombre propone...

Hace treinta años — esta sección del compañero A. M. nos proporciona esta vez la Sintonía — había pelea literaria entre si le correspondía San Elmo o San Telmo a la montaña de la Ermita. Nació esta pelea a raíz del impulso urbanístico que pensaba darse a la montaña en aquel entonces. El nombre de la misma corrió de boca en boca y enseguida se lió la cosa. Treinta años después, el tiempo, gracias a dos señores, ha dictado sus dos últimas palabras que han reemplazado a las primitivas: Port Salvi. Las dos primeras, las del lio han pasado al olvido, mientras subsistan unas ruinas que no son, precisamente, arqueológicas.

Otro aspecto. ¿Se acuerdan de la colonia veraniega?. Gafas de carey en los hombres. Vestidos a lo charlestón en las mujeres. Con mucha importancia todos, pues venían de la ciudad. Si se daba una representación artística, que solía ser única en el verano, figuraba el nombre de: «La colonia veraniega», entre los organizadores. Y ahora, ¿cómo ha quedado, todo aquello? Pues, nada de gafas carey; en lugar de vestidos a lo charlestón, mucha exhibición de desnudeces; nada de importancia, sino la franca amistad de unos a otros, con la proximación del lenguaje por variado que sea. ¿Y los festivales? Hay un nombre que los garantiza Junta Local de Información y Turismo.

Ayer y hoy. Paso del tiempo. Pero hace treinta años, en estos días, descargó sobre la ciudad una aparatosa tormenta, seguida de lluvia torrencial. Igual a como puede acontecer ahora por los signos atmosféricos que nos rodean. He ahí lo inalterable. El tiempo. Dueño y señor de todo.